

José Hernández, *Martín Fierro*

Francia, ALLCA XX, Université Paris X, 2001, Edición crítica Élica Lois y Ángel Núñez (coordinadores), Colección Archivos 51, 429 páginas.

La edición del *Martín Fierro* realizada por ARCHIVOS ilustra una circunstancia ciertamente paradójica: uno de los textos más notorios de la literatura argentina, e inclusive hispanoamericana, fue asediado desde sus orígenes (1872 y 1879 respectivamente) por reediciones plagadas de erratas y omisiones que prácticamente las inutilizaban para una lectura confiable, y no digamos erudita. El texto de *La vuelta*, por ejemplo, aparecido en 1879, estaba garantizado por los cuadernos manuscritos que se conservaron en poder de la familia Hernández y que fueron usados por Carlos A. Leumann para su edición crítica de 1945 y su libro *El poeta creador*. La primera parte, en cambio, aparecida en 1872, no contaba aparentemente con el auxilio de un genuino original, que permitiese confrontaciones satisfactorias para resolver dudas y reponer, en caso necesario, la autenticidad del texto, según la primigenia voluntad poética del autor.

Al cabo la cuestión del evasivo original resolvió por caminos providenciales, a los que no fue ajena la existencia de un artículo de la profesora Blanco Amores de Pagella publicado en 1972 en la revista *Logos*, que informaba sobre la existencia del original de *La ida* supuestamente perdido. La clave de la cuestión era una rústica libreta “de pulpería”, incompleta y roída, que contenía lo indispensable para reconstruir la indiscutible pureza del texto original, salvo en lo que se refiere a los Cantos IX a XIII.

Las peripecias no dejan de ser asombrosas. Hacia fines de 1950, un alumno de los cursos de la profesora Pagella en el Colegio Nacional de Buenos Aires le muestra una vetusta libreta, diciéndole que contiene el original del poema. La profesora hace peritar la letra y se admite que se trata en efecto de la escritura de Hernández. El paso siguiente sería reconstruir la curiosa itinerancia y explicar el momentáneo eclipse del material, que para entonces parecía definitivamente perdido.

En algún momento del último cuarto del siglo XIX, Hernández habría entregado la libreta a una dama “en una provincia del Norte”, y en ese sentido Ángel Núñez señala un importante viaje de Hernández a Tucumán, Salta y Jujuy hacia comienzos de 1886, pero alerta al mismo tiempo sobre las oscuras razones conjeturales que explicarían la muy tardía portación de la libreta, utilizada probablemente para la novena edición publicada en 1879 por la imprenta “El Mercurio” de Rosario. Hacia mediados de 1930, la dueña del manuscrito se lo da a un nieto para que lo entregue a su maestra e tercer grado primario con el fin de ilustrar una clase sobre el *Martín Fierro*. Poco después el alumno deja de concurrir a la escuela y el original queda transitoriamente depositado en el armario del aula.

Aparecida finalmente la esquivada libreta, tras laboriosas indagaciones de los responsables de la edición, fue sometida a nuevos peritajes, entre otros el de Fermín Chávez, quien ratificó la autenticidad hernandeanca de la letra, y los análisis filológicos de la profesora Lois, ratificatorios a su vez de la autoría a partir del análisis estructural del proceso de escritura.

El grave deterioro de la libreta, envuelta en papel de diario que le contagió su acidez, obligó a gestionar auxilios económicos para emprender una restauración que permitiese su manipulación sin riesgos irreversibles. Varias instituciones nacionales, entre ellas el Fondo de las Artes, fueron consultadas sin éxito, hasta que la profesora Ana María Barrenechea interesó a Amos Segala, de Archivos, y logró por su intermedio la ansiada restauración —realizada por la profesora Alejandrina M. Guedes y la licenciada Alejandra Abalay— y posteriormente la edición que motiva esta reseña. La libreta, finalmente, fue comprada por particulares y donada al Estado argentino, que la derivó al Museo Histórico Nacional, donde hoy está depositada.

El caso *Martín Fierro* ha planteado desde los propios orígenes del texto una serie interminable de querellas y reticencias, que comienzan con la peregrina idea de un Hernández inferior a los méritos de su obra. Muchos de los ensayos de esta nueva edición tienden precisamente a arrojar una luz más comprensiva y consistente sobre las supuestas “debilidades” del autor y su obra, y en este sentido conviene advertir que el propio Hernández fue plenamente consciente del valor literario de *Martín Fierro*, como parecen probarlo los prólogos originales de 1872 y 1879 y las abundantes reproducciones de comentarios y críticas que acompañaron las viejas ediciones —la duodécima de 1883, por ejemplo, última revisada por él—, atención que no se compadecería con la idea de una desdeñosa apreciación de su méritos intrínsecos, fomentada o tolerada por el propio autor.

La nueva edición Lois-Núñez reconstruye metódicamente la historia del texto y repone un dossier que recoge desde antiguas críticas recuperadoras —la de Miguel de Unamuno de 1894 entre las iniciales— hasta materiales de más reciente generación, como los de Alejandro Losada Guido, Eneida

Sansone de Martínez, Noé Jitrik, Horacio Zorraquín Becú, Rodolfo A. Borello, Adolfo Prieto y Fermín Chávez, entre otros. La lectura de este dossier permite reconstruir las fluctuaciones críticas que lo acompañaron desde sus orígenes, con puntos de alta y baja estimación como los vinculados con la reivindicación implícita en los abordajes de Lugones (a pesar de su discutible vinculación del texto con los fastos de la épica griega), los de Ricardo Rojas desde la óptica de la cátedra de Literatura Argentina, los ampulosos de Ezequiel Martínez Estrada, los retaceadores y complejos de Borges —se trata de un libro “muy bien escrito y muy mal leído”, dijo una vez en uno de sus típicos alardes paradójales, destinado quizás a conjurar la superchería de confundir al poema con una “biblia gaucha” o, desde otra perspectiva, con el panfleto político de un “federalote” simplemente incorregible—, o los plenamente identificados de Fermín Chávez.

Resulta interesante el cómputo bibliográfico de las traducciones emprendidas, desde la italiana de Folco Testena en 1919, objeto en su época de algunas previsible ironías, hasta las sucesivas —con aciertos y riesgos, integrales o parciales— al alemán, árabe, catalán, chino, coreano, croata, eslovaco, esperanto, francés, gallego, griego, guaraní, hebreo, húngaro, inglés, italiano, japonés, latín, piamontés, polaco, portugués, quichua, ruso, sánscrito (seis estrofas), serbio, ucranio y vasco, más el registro bibliográfico de las adaptaciones en videocasete, teatro, cine, teatro infantil y disco.

Cabe conjeturar que los desvelos de la investigación pueden depararnos todavía alguna sorpresa respecto de *Martín Fierro* o de su autor. Así lo prueban, por los menos, algunos casos de la historia de las literaturas, y de modo particular el que nos ocupa. Fue necesario el estímulo de los puntos oscuros para poner en funcionamiento las pesquisas y los trabajos recogidos en este volumen. ¿Se trata efectivamente de un punto final, o debemos esperar todavía alguna sorpresa? La lectura de los materiales acogidos en esta edición permitiría sospechar que las sorpresas no se harán presentes, o lo harán en todo caso bajo la forma de lectura o reutilizaciones verificadas por la crítica a la luz de nuevos marcos teóricos y metodológicos.

La presente edición de Archivos ofrece dispositivos proverbiales en este tipo de emprendimientos, como un glosario preparado por Fernando Colla e indispensable para transitar por términos rurales y dialectales del siglo XIX y una bibliografía que completa la de Horacio J. Becco, que llegaba hasta 1972, con actualizaciones y continuaciones a cargo de un equipo dirigido por Susana Romanos de Tiratel e integrado por G. M. Giunti y Marta Barbato, con la colaboración de A. E. Parada e inclusive con nuevos aportes del propio Becco. El conjunto ofrecido constituye, en suma, un variado y completo panorama de lo que puede y debe conocerse sobre el poema, brindado en forma cabal y autorizada.

Jorge B. Rivera